

EDITORIAL

«Y saliendo vio una gran multitud y se conmovió interiormente por ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y empezó a enseñarles muchas cosas».

Mc 6,34

El impulso apostólico que está en el corazón de la evangelización de la cultura emerge de esta mirada compasiva de Jesús. Como hijos de la Iglesia, portadora del Evangelio de la Salvación, los creyentes de hoy y de siempre miramos a nuestro alrededor, como el Señor, y vemos multitudes que andan desorientadas, como ovejas que no tienen pastor. Unidos al Redentor en la mirada misericordiosa por el vacío de sentido y la desorientación de tantos hombres y mujeres que peregrinan en nuestras ciudades y países también por esa ruptura entre el Evangelio y la cultura que Pablo VI consideraba «el drama de nuestro tiempo»¹ brota el impulso de evangelizar la cultura, que no es en realidad otra cosa que lo que hizo el Señor: enseñar muchas cosas, enseñar con ardor apostólico todas las cosas que la humanidad necesita para darle un rumbo a su existencia.

Aunque la expresión *evangelización de la cultura* no aparece en sus documentos, no fue otro el dinamismo fundamental del Concilio Vaticano II, animado como estaba por la convicción de que el mundo solo puede encontrar la Verdad plena que necesita en el Señor Jesús, que ilumina no solamente la vida personal, sino también la convivencia social y todas las realidades que llevan, de una u otra

1. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 20.

manera, la huella del hombre. La exposición de la situación del hombre en el mundo de hoy se cerraba por ello con este solemne testimonio creyente:

«Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre. Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época»².

Esta convicción de que Jesucristo es la clave para iluminar el misterio del hombre y todos los desafíos que enfrenta tan central al Concilio ha sido reiterada una y otra vez por el Papa Benedicto XVI, como lo fue antes por San Juan Pablo II y lo es ahora por el Papa Francisco. Recordemos unas contundentes palabras del primero: «Solamente en la verdad, que es Cristo mismo, la humanidad puede descubrir el sentido de la existencia, encontrar la salvación y crecer en la justicia y en la paz. Todos los hombres y todos los pueblos tienen derecho a recibir el Evangelio de la verdad»³.

La Iglesia sigue estando llamada hoy a responder a ese derecho de todos los pueblos, en el complejo contexto de la cultura actual. Ese fue el programa que San Juan XXIII esbozó para el Concilio: que «la Iglesia, consolidada en la fe, confirmada en la esperanza, más ardiente en la caridad, reflorezca con un nuevo y juvenil vigor; defendida por santas instituciones, sea más enérgica y libre para propagar el Reino de Cristo»⁴.

En el inicio del tercer milenio, como ha diagnosticado el Papa Francisco, nuestra «cultura ha perdido la percepción de esta presencia

2 *Gaudium et spes*, 10.

3 Benedicto XVI, *Discurso a los Directores Nacionales de las Obras Misionales Pontificias*, 11 de mayo de 2012.

4 Juan XXIII, *Carta autógrafa al Episcopado alemán*, 11 de enero de 1962.

concreta de Dios, de su acción en el mundo. Pensamos que Dios sólo se encuentra más allá, en otro nivel de realidad»⁵. En esta situación de cuyos visos dramáticos tomamos conciencia una y otra vez estamos llamados a acoger de nuevo el mandato del Señor cuyo horizonte universal recoge con particular énfasis el mismo evangelista Marcos: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16,15).

Por eso el Concilio — como recordaba San Juan Pablo II — al mismo tiempo que «ha querido renovar la vida y la actividad de la Iglesia según las necesidades del mundo contemporáneo» ha puesto también énfasis en «su índole misionera, basándola dinámicamente en la misma misión trinitaria. El impulso misionero pertenece a la naturaleza íntima de la vida cristiana»⁶.

Esta conciencia misionera indesligable de la apertura al mundo es una clave fundamental para una recta interpretación del Concilio Vaticano II: la adhesión a Jesucristo nunca puede permanecer indiferente frente al mundo al que Él mismo nos envió a predicar su Evangelio. De allí la urgencia de una continua renovación en el esfuerzo por llegar al hombre y a la cultura y las culturas del hombre.

Como recordaba Santa Edith Stein en tiempos en que Europa se veía convulsionada por la guerra, la crisis económica y el surgimiento de ideologías brutales, reclamando una respuesta desde el Evangelio: «La firmeza incommovible de la Iglesia descansa precisamente en que une la custodia indispensable de lo eterno a una incomparable elasticidad en la adaptación a las condiciones y exigencias de cada tiempo»⁷. La fidelidad de la Iglesia no es una defensa rígida de unas verdades que guarda para sí misma, sino que permanece viva en la medida en que sale al encuentro del drama de la humanidad, ofreciéndole la Verdad del Evangelio. Por eso también la apertura al mundo, el espacio que la Iglesia da en su corazón a «las alegrías y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren»⁸, no es una adaptación en busca de simpatías humanas, ni mucho menos una claudicación ante ideales meramente horizontales, sino Evangelización. Pierde su sentido si el Pueblo de Dios se vuelve tímido para dar testimonio de

5 Francisco, *Lumen fidei*, 17.

6 Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 1.

7 Edith Stein, *Probleme der neueren Mädchenbildung*, en *Die Frau. Fragestellungen und Reflexionen*, Herder, Freiburg im Breisgau 2010, p. 140.

8 *Gaudium et spes*, 1.

Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, el mismo ayer hoy y siempre, luz que ilumina a las gentes, pero también por ello mismo signo de contradicción. La Evangelización, como enseñaba el Concilio,

«hace presente a Cristo autor de la salvación. Libera de contactos malignos todo cuanto de verdad y de gracia se hallaba entre las gentes como presencia velada de Dios y lo restituye a su Autor, Cristo, que derroca el imperio del diablo y aparta la multiforme malicia de los pecadores... Todo lo bueno que se halla sembrado en el corazón y en la mente de los hombres..., no solamente no perece, sino que es purificado, elevado y consumado para gloria de Dios, confusión del demonio y felicidad del hombre»⁹.

Esta verdad fundamental, se vuelve también y de manera especial para las universidades católicas tarea que debe renovarse en nuestro tiempo:

«Como el mismo Cristo escudriñó el corazón de los hombres y los ha conducido con un coloquio verdaderamente humano a la luz divina, así sus discípulos, inundados profundamente por el espíritu de Cristo, deben conocer a los hombres entre los que viven, y tratar con ellos, para advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios generoso ha distribuido a las gentes [examinando] sus riquezas con la luz evangélica [para] liberarlas y reducirlas al dominio de Dios Salvador»¹⁰.

El presente número de la Revista *Persona y Cultura* quiere servir para renovar, de la mano del Concilio, este esfuerzo, esencial a la vida de la Iglesia, de responder a los desafíos culturales de nuestro tiempo, teniendo en cuenta, en primer lugar, «el gran debate sobre el hombre, que caracteriza el tiempo moderno». Conscientes de que el «esfuerzo por expresar de un modo nuevo una determinada verdad exige una nueva reflexión sobre ella y una nueva relación vital con ella», confiamos en que los trabajos que hoy les ofrecemos contribuyan a que esa reflexión madure y nazca cada vez más vitalmente «de una comprensión consciente de la verdad expresada», pues «la reflexión sobre la fe exige también que se viva esta fe»¹¹.

9 *Ad gentes*, 9.

10 *Ad gentes*, 11.

11 Benedicto XVI, *Discurso a la curia romana*, 22 de diciembre de 2005.

Evocando uno de los pasajes del Nuevo Testamento más citados por el Concilio¹², esperamos que este número de nuestra revista sea una contribución a que como Pueblo de Dios brindemos al mundo el servicio que se nos ha confiado para todas las multitudes que caminan desconcertadas como ovejas que no tienen pastor: avanzar juntos al cumplimiento del «benévolo designio que en Él se propuso de antemano para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (Ef 1,9-10).

¹² Véase, entre otros, *Lumen gentium*, 3 y 48; *Gaudium et spes*, 45; *Ad gentes*, 3.